



Reflexiones sobre el rol del docente:

¿Qué aspectos de nuestra formación podrían fortalecer la labor educativa?

Ángela Marcela Peña Díaz

ampenad@unal.edu.co

Trabaja en Coaching y en el Programa Pequeños Científicos de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

A lo largo y ancho de nuestra región nos topamos con una realidad social, política y económica muy similar, tanto así, que podríamos ver una fotografía de una escuela y predecir que corresponde a un aula en algún lugar de Latinoamérica. Asimismo, coinciden muchos de los sentires e imaginarios de los ciudadanos frente al panorama educativo.

En diferentes ámbitos, la sociedad del siglo XXI se cuestiona lo que espera de la escuela y es inevitable que muchas de las respuestas responsabilicen a los docentes quienes llevamos sobre los hombros el peso de los hijos del presente y el futuro. Somos los profesores a quienes invita el mundo a dar la batalla.

Es por lo anterior, necesario y pertinente repensar y discutir el rol del docente en los procesos educativos. Partamos de una breve descripción de quiénes somos. Pertenecemos a las generaciones de los nacidos entre mediados y finales del siglo XX y llevamos en nuestra formación el sello de la escuela tradicional en la que primó la transmisión del conocimiento.

Para muchos de nosotros, el manejo de las tecnologías de la información y la comunicación, así como el dominio de una segunda lengua, son desventajas frente a los estudiantes que a muy corta edad ya están familiarizados con estos temas. Sin embargo, cada día crece el número de profesores que buscamos diferentes herramientas para estar a la par de las exigencias que acarrea esta época.

También, hace parte de nuestra cotidianidad las presiones del mundo movido por la

economía, que espera los mejores resultados en pruebas que miden solo ciertos intereses, ya sea desde la evaluación de desempeño o desde el aprendizaje de los educandos.

Y nos es familiar las diversas problemáticas sociales que se recrean a escala en la escuela. La desigualdad, la pobreza, la exclusión y algunos valores que se están yendo de casa.

Con lo difícil que se puede percibir la realidad, somos los profesionales de la esperanza. Los que conviven con las semillas que florecerán en el futuro. Aramos el campo llamado escuela.

Pero la escuela parece haberse asustado ante la velocidad a la que crece el mundo. Y sus pasos hacia la modernidad, son demasiado lentos. A pesar que suelen aparecer ideas como emprendimiento, competencias, inclusión e innovación, nuestras aulas hoy en día no son muy diferentes a las de hace dos siglos atrás.

Entonces somos nosotros los docentes quienes convivimos en la escuela fósil a la que asisten los hijos del presente. Por esto la gente espera mucho de nosotros.

Con el paso del tiempo, se hacen algunas reformas a los contenidos y materiales de enseñanza, los estudiantes también cambian, entonces lo natural es esperar que los docentes nos transformemos, nos renovemos y demos testimonio de aquella premisa sobre el aprendizaje a lo largo de la vida.

Al iniciar un nuevo año escolar, nos angustian los currículos densos y que esta selección de “lo relevante” impacte de manera positiva la vida y la cotidianidad de nuestros estudiantes.

Entonces en el día a día, cada docente se enfrenta a una nueva angustia, ¿cómo enseñar de la mejor manera posible? Esta duda resurge al momento de planificar nuestro trabajo, pero se vive intensamente en la dinámica de la clase misma, donde el actuar frente a situaciones emergentes nos llevan a repensar nuestras prácticas.

En estos tiempos, la responsabilidad de cambio está a costas de los maestros. Surge entonces la pregunta, ¿en qué aspectos se debe hacer hincapié en la formación docente para que esté a la vanguardia de las necesidades del presente y del futuro?

Desde mi reflexión, propondría discutir los siguientes puntos:

Podemos aprender de los buenos profesores

Durante mucho tiempo, las universidades como cuna de los profesionales han centrado sus esfuerzos en la preparación académica y pedagógica de los futuros docentes. Sin embargo, hay mucho que aprender de las experiencias exitosas de los buenos docentes, las cuales pueden iluminar el panorama de los ejes de formación inicial y continua.

Es urgente fortalecer el pensamiento crítico

Los docentes ya no somos los poseedores del conocimiento. A ciencia cierta, tenemos ideas incompletas sobre teorías, principios, leyes, procedimientos o conceptos. Nuestro acervo intelectual es mínimo frente al acelerado crecimiento de la sociedad del conocimiento. En consecuencia, nuestra labor no debe estar limitada a los saberes, sino a orientar procesos educativos que inviten a pensar, a buscar y analizar información y a proponer preguntas.

Fortalecer el rol mediador de los educadores

Los docentes impactamos vidas. No podemos desconocer la realidad social ni pasarla por alto. Debido al espíritu de competitividad que está marcando la pauta a nivel global, estamos desconociendo el sentido humano de la educación. Reconocer al otro, valorar sus capacidades y brindarle oportunidades para que explore todas sus potencialidades ha quedado de lado. Los docentes necesitamos volver la mirada al mundo de los estudiantes, a su contexto, no para lamentarnos o juzgar las condiciones difíciles, sino para generar expectativas positivas frente a su propio proceso educativo y a sus metas personales.

Desarrollo de competencias socioemocionales

En la última década se ha venido enfocando la visión educativa hacia la formación en competencias. Es relevante este término, tanto en cuestiones curriculares, metodológicas y evaluativas, sin embargo, con mayor frecuencia se discute en el sentido de la formación de los estudiantes de educación preescolar, básica y media, pasando por alto la necesidad de transformar también la educación superior.

Las universidades deberían tener como eje transversal de la formación inicial y continua de los docentes, el fortalecimiento de habilidades sociales y competencias socio-afectivas. Buscando la coherencia es pertinente preguntar, ¿cómo podemos promover éstas en nuestros estudiantes sino las desarrollamos en nosotros mismos?

Vinculación con la comunidad

Una de las dimensiones inherentes al oficio del docente es el hecho de ser sujetos políticos. Las acciones que promuevan el abrir las puertas de la escuela a su contexto, involucrando padres y vecinos, genera un sentido colectivo de la educación. Los docentes estamos llamados a arriesgarnos diseñando ambientes de aprendizaje con y para beneficio de la comunidad.

Trabajar cooperativamente con otros docentes

Dicen que “una sola golondrina no hace verano”. Los profesores realizamos cientos de actividades al año, que podrían simplificarse si varias áreas del conocimiento se enfocaran en aportar al cumplimiento de sus objetivos. De esta manera, propiciaríamos la interdisciplinariedad y el trabajo entre pares.

Aprender a trabajar de forma cooperativa en el ámbito laboral, implica diseñar, ejecutar y reflexionar sobre las propias prácticas. Éste puede ser un ejercicio que inspire a los estudiantes si ven un ejemplo en sus docentes.

Con seguridad, hay muchas otras ideas que contemplar a la hora de pensar en las implicaciones de la formación en el rol del docente. La invitación siempre será darnos el tiempo y el espacio de compartir nuestras experiencias con los otros, por ejemplo, cuando nos animamos a conversar o a escribir sobre nuestro oficio. Nuestra voz debe siempre exigir que los planes y programas dirigidos a profesores estén contextualizados y respondan a la visión del docente que necesita la sociedad.